

EL TIEMPO COMO HERRAMIENTA PARA EL ANÁLISIS DE LAS CRÓNICAS DE PEDRO LÓPEZ DE AYALA

Covadonga Valdaliso Casanova
Universidad de Valladolid

La extensa y compleja obra cronística de Pedro López de Ayala recoge un período de casi cincuenta años en los que se sucedieron cuatro reinados y dos dinastías. La calidad literaria de estos escritos, la escasez de fuentes para el estudio de esas décadas y el carácter excepcional de algunos de los episodios narrados, como la llegada al trono de los Trastámara, el asesinato de Pedro I, la empresa portuguesa de Juan I o la invasión Lancáster, son tres de los motivos que explican la importancia de estos textos. A todo ello se suma el hecho de que Ayala fue un testigo privilegiado de lo que después narró. Como compañero de juegos y cacerías de Pedro I, como combatiente y prisionero en las batallas de Nájera y Aljubarrota, como embajador, como consejero, como hombre de confianza y como hábil cortesano, entre otras muchas cosas, pudo ver y supo conocer de primera mano no sólo lo que ocurría en la corte sino lo que se discutía en sus más altas esferas. Habiéndosele encargado la tarea de redactar las crónicas oficiales del reino, Pedro López se propuso narrar lo que desde su punto de vista fueron los principales acontecimientos de la Castilla de la segunda mitad del siglo XIV; esto es, las batallas, las hazañas bélicas, los lances caballerescos, los sucesos políticos y los eventos diplomáticos de una etapa extraordinariamente agitada, en la que se sucedieron las guerras con los reinos vecinos, las rebeliones nobiliarias, los asesinatos, las intrigas,... Enten-

dió que sus crónicas no hablarían directamente ni del reino de Castilla ni del conjunto de sus gentes, sino de lo que ocurría en la corte del rey. De este modo, la protagonista de los relatos es una corte en constante transformación a medida que cambiaban los reyes que la encabezaban, los nobles que la poblaban y las circunstancias que la rodeaban. Otros elementos presentes en el discurso (las ciudades, los otros reinos, el clero, los judíos,...) quedan en los textos relegados a la posición de actores secundarios. El reino castellano, por su parte, desempeña el papel de escenario en el que la corte se mueve¹. El cometido de Ayala fue registrarlo todo desde dentro, pues hablaba de una corte de la que formaba parte, pero tratando de presentarse como espectador imparcial y objetivo. En el contraste entre el testigo partícipe y el cortesano parcial reside el principal problema a la hora de trabajar con los escritos de Ayala como fuentes historiográficas.

Las crónicas ayalinas reflejan la concepción del poder monárquico imperante en la Castilla del momento: una corte itinerante en la que el rey era el centro, actuaba como núcleo en el que se concentraba el poder y gobernaba rodeado por una serie de consejeros y un creciente número de burócratas. Por ello no es de extrañar que, siguiendo la tradición iniciada por su predecesor, Ayala decidiese dividir su relato en reinados². Ha de tenerse en cuenta que la progresiva centralización política acababa haciendo de la corte el espacio gravitatorio que rodeaba al rey, y del propio monarca el actor principal de una historia en la que la institución y la persona se fundían; de tal modo que contar lo que ocurría en la corte de Castilla consis-

¹ Esta corte progresivamente más grande y compleja fue el ámbito de desarrollo de la carrera política de Ayala desde su adolescencia hasta su vejez, y su rápida transformación aparece parodiada en el fragmento “Los fechos de palacio” del *Rimado de Palacio*, estrofas 424-476.

² Hoy la mayoría de los especialistas considera que Fernán Sánchez de Valladolid fue autor de las crónicas de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. Se cree que el conjunto cronístico fue concebido como un todo ordenado redactar por el último monarca con el objetivo de ensalzar su figura. Véase sobre ello Purificación Martínez, «La imagen del monarca en la *Crónica de Alfonso X*», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, t. I, Madrid, Ed. Castalia, 2000, pp. 182-187.

tía prácticamente en biografiar al rey³. Así, a gran escala puede hablarse de tres crónicas correspondientes a cuatro reinados, siendo la primera una *crónica doble* que “empalma” los gobiernos de Pedro I y Enrique II a lo largo de los años de la guerra civil (1366-1369), cuando el primero aún vivía y el segundo ya se había proclamado rey⁴; la segunda, la más completa y mejor organizada; y la última un texto que ha llegado hasta nosotros inconcluso y que probablemente nunca se dio por finalizado. En el presente trabajo propondremos un modo de abordar el conjunto cronístico en su totalidad partiendo de la premisa de que como tal fue concebido; es decir, como un texto único dividido en reinados, por un lado, y en temáticas, por otro, pero cuyo principal objetivo era relatar un período (1350-1406)

³ Atendiendo a la temática de los sucesos narrados, una primera lectura de las crónicas puede llevar a pensar que lo que Pedro López de Ayala registró fue el cambio dinástico desde sus orígenes —la muerte de Alfonso XI en 1350— hasta su solución —mediante el enlace del futuro Enrique III con Catalina de Lancaster en 1388—, recogiendo así un período de aproximadamente treinta y nueve años con un ecuador (1369) centrado en el regicidio. Desde esta perspectiva, los reinados de Pedro I (1350-1369), Enrique II (1366-1379) y Juan I (1379-1390) funcionarían como cronologías superpuestas, y el último período (1388-1406) sería un añadido o largo epílogo que de algún modo enmascararía la verdadera materia cronística. Sin embargo, independientemente del modo en que la temática se organiza dentro del relato, al repasar los textos y estudiar su proceso de redacción se revela que lo que realmente Ayala se propuso escribir fue una sucesión ininterrumpida de crónicas que proyectó como una continuación de la obra de Fernán Sánchez de Valladolid y concibió como un eslabón más dentro de la cadena historiográfica. Así lo declara en el prólogo: “E porque los fechos de los Reyes de España, los quales fueron muy antiguos, del tiempo *que* los Reyes, e principes Godos començaron, fasta aquí, ouo algunos *que* trabajaron de los mandar escriuir, porque los sus nobles e grandes fechos, e historias non fuessen olvidadas, e assi ouo despues otros *que* quisieron tomar carga (...) Por ende de aqui en adelante yo PERO LOPEZ DE AYALA con la ayuda de Dios lo entiendo continuar assi”.

⁴ Sobre el carácter de *crónica doble* del primer escrito véanse los estudios de Germán Orduna, «*Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*. Unidad de estructura e intencionalidad», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Berlín, 1986), Frankfurt-Main, Vervuert, 1989, pp. 255-262 y «La secuencia temporo-espacial en la estructura narrativa de la *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano* del Canciller Ayala», en *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santander, 1999), Santander, Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2000, pp. xv-xxi.

que no había sido registrado y que coincidía con la vida adulta del cronista.

1. El proceso de redacción

La primera dificultad a la hora de trabajar con los escritos cronísticos ayalinos la encontramos en los propios textos con los que contamos. El hecho de que no haya llegado hasta nosotros un escrito original de Ayala “acabado”, esto es, que pueda considerarse la última versión de las crónicas o lo último que el cronista escribió, nos obliga a trabajar con copias incompletas y plagadas de variantes. Es, además, un obstáculo insalvable que ha de tenerse presente a lo largo de toda la lectura. De las crónicas de Ayala se conservan copias manuscritas y ediciones impresas de los siglos XV y XVI que revelan la existencia de al menos dos versiones, detectadas ya por Jerónimo Zurita y denominadas hoy *Vulgar* y *Primitiva*. Las ediciones posteriores se han hecho siempre de la primera, y en su mayoría reproducen la que en su día realizara Eugenio de Llaguno, que a pesar de contar con amplias anotaciones en las que se coteja el texto con otras versiones y con alguna documentación, actualiza su grafía facilitando la lectura pero alejándonos de Ayala⁵. Con el propósito de recuperar en la medida de lo posible el texto original, hace poco más de una década se publicó en Buenos Aires una edición crítica de la crónica doble, y hoy existen proyectos de hacer lo mismo con la versión *Primitiva*, con la de Juan I y con la de Enrique III⁶. Las ediciones críticas parten de la premisa de que existió un es-

⁵ Consultamos la edición del XIX, posteriormente reimpressa, *Crónicas de los Reyes de Castilla D. Pedro, D. Enrique, D. Juan I, D. Enrique III... con las enmiendas del Secretario Gerónimo Zurita y las correcciones y notas añadidas por Eugenio de Llaguno y Amírola*, Madrid, Sancha, 1779-1793 (3 vols.), luego editadas en *Crónicas de los reyes de Castilla desde D. Alfonso el Sabio hasta los reyes D. Fernando y Dña. Isabel*, colección ordenada por D. Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Ediciones Atlas, 1953. José Luis Martín (Pedro López de Ayala, *Crónicas*, edición, prólogo y notas de José Luis Martín, Barcelona, Ed. Planeta, 1991) reproduce el texto de Llaguno.

⁶ Germán Orduna y José Luis Moure, *Crónica del Rey Don Pedro y del Rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, Vol. I, Buenos Aires, SECRI, 1994, y *Crónica del Rey Don Pedro y del Rey Don Enrique, su hermano*,

crito pretérito y perdido, al que se pretende llegar, que las manos de los copistas fueron modificando; pero esta idea se opone a la no menos probable hipótesis de que existiesen varios testimonios de un proceso de redacción no necesariamente concluido.

Desde nuestro punto de vista, observada en conjunto la de Ayala es una obra incompleta por dos motivos: en primer lugar, porque probablemente no hubo una versión final sino una serie de diferentes redacciones, elaboradas posiblemente con el objetivo de completar un escrito definitivo que nunca llegó a darse por finalizado⁷; en segundo lugar, debido a que la crónica del último reinado se ha conservado sólo parcialmente y parece que no fue acabada. Enrique III falleció en 1406, un año antes que Ayala, pero en las copias manuscritas consultadas por Llaguno, que debieron realizarse en la segunda mitad del siglo XV, el relato se interrumpe en el capítulo xxii del año 1395 y a partir de ahí se indica que en esas fechas Ayala viajó fuera de la Península y que a su regreso no continuó escribiendo⁸. Cuando se recurre a los datos biográficos conocidos del cronista se comprueba que entre 1395 y 1397

hijos del rey don Alfonso Onceno. Vol. 2, Buenos Aires, SECIT. 1997. Encabezando el proyecto de edición crítica de las crónicas restantes se encuentran José Luis Moure y Jorge Norberto Ferro, investigadores del Seminario de Crítica Textual "Germán Orduna" (SECIT) organismo perteneciente al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET).

⁷ Véanse sobre ello Germán Orduna, «La *collatio* externa de los códices como procedimiento auxiliar para fijar el *stemma codicum*: Crónicas del Canciller Ayala», *Incipit* 2 (1982), pp. 35-41, Alan Deyermond, «La historiografía trastámara. ¿una cuarentena de obras perdidas?», en *Estudios en Homenaje a don Claudio Sánchez Albornoz en sus noventa años*, Vol. 4, Anexos de los *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1986, p. 174 y Michel Garcia, «Las colecciones misceláneas de principios del siglo XV: ¿una nueva manera de escribir la historia?», *Incipit* 24 (2004), pp. 39-58 y «Un capítulo de una versión inédita de la *Crónica de Enrique III de Castilla*», *Incipit*, 25-26 (2005-2006), pp. 673-679. En el último de esos trabajos se estudia un manuscrito conservado en la Biblioteca de Palacio (Ms II/755) que corresponde a los capítulos xix y xx del Año I de la crónica de Enrique III y presenta una redacción diferente a la que aparece en otros manuscritos, lo que indica que todas las crónicas, y no solo las primeras, fueron objeto de distintas redacciones.

⁸ Tradicionalmente se considera que los últimos capítulos conservados, referidos a asuntos de otros reinos, corresponderían al año 1396, tal y como los edita Llaguno, aunque Zurita creía que debían incluirse en el anterior. Los manuscritos citados, que Llaguno transcribe, se completan con las breves noticias sacadas de los perdidos *Anales de Sevilla*.

Pedro López fue al menos dos veces a Francia, y tras ello al parecer permaneció en Castilla hasta su muerte, que tuvo lugar diez años más tarde⁹. Es, sin embargo, en esta última década de vida cuando Ayala pudo contar con más facilidades para dedicarse a tareas historiográficas. Por un lado, en 1398 fue nombrado Canciller Mayor de Castilla, cargo que a partir de entonces quedó ligado a su nombre, y que se relacionaba con muchos de los rasgos de la cronística: el registro, la preservación de documentación, la certificación,...¹⁰. Por otro lado, comenzó a pasar largas temporadas retirado, dedicándose posiblemente a tareas más sedentarias. Sólo testaría en diciembre de 1406, encontrándose enfermo y en cama, y se cree que murió poco después; pero nada indica que fuese incapaz de escribir hasta entonces¹¹.

En respaldo de la suposición de que el texto ayalino no finalizaba tal y como nos ha llegado tenemos dos testimonios: un manuscrito en el que la tabla de años y capítulos recoge no hasta el capítulo xxii sino hasta el xxviii del año 1395¹²; y la declaración de Alvar García de Santa María, autor parcial de la crónica de Juan II, quien señala que, dado que Ayala “çesó, por ocupación de vejez e de dolencia, que finó”, él “entra en la orden, allegando los fechos onde las dichas Corónicas los dexaron”, y comienza su relato en 1406, lo que suele llevar a pensar que Ayala dejó escrito hasta 1405¹³. Nos encontramos, en suma, ante la existencia de básicamente dos ediciones para la primera crónica y una para la segunda y la tercera; ante la posibilidad de que se realizasen varias redacciones de los escritos que habrían generado una transmisión compleja en la que se multiplicarían las variantes, quedándonos como legado un conjunto heterogéneo de copias con las que resulta

⁹ Véase Pedro López de Ayala, *Rimado de Palacio*, (edición, introducción y notas de Germán Orduna), Madrid, Ed. Castalia, 1987, pp. 26-28.

¹⁰ Cargo cuyas tareas fueron en parte desempeñadas por su hijo, pero en el que se le mantiene en el testamento de Enrique III de 1406.

¹¹ El 15 de agosto de 1402 firmaba en Segovia las paces con Portugal y en 1404 hacía junto a su esposa, encontrándose en Burgos, unas donaciones a las monjas de Quejana.

¹² Así lo refleja Llaguno, recogiendo los epígrafes.

¹³ Álvaro García de Santa María, *Crónica de Juan II de Castilla*, edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982. Teniendo en cuenta que Álvaro García de Santa María falleció en 1460, puede pensarse que al menos hasta esa fecha se conservaba algún manuscrito que llegaba hasta 1405.

muy difícil establecer una cronología; y ante una pérdida de originales probablemente bastante temprana que afecta en mayor medida a la última parte de la crónica. Como puede verse, son varios los problemas que se plantean a la hora de saber cuándo y cómo fueron redactadas las crónicas; uno de los muchos aspectos en los que el tiempo juega un papel esencial para su estudio.

2. El tiempo en las crónicas de Ayala

En líneas generales, puede decirse que el tiempo es la esencia de la obra cronística del Canciller Ayala, pues lo que los escritos hacen es básicamente tratar de narrar el pretérito, de materializarlo en palabras y de preservar el pasado, en el presente, para el futuro. Esto se aplicaría a cualquier registro historiográfico pero, en el caso de los textos que proceden de épocas relativamente lejanas, viene subrayado por el hecho de que esos textos los hemos heredado y, como consecuencia de ello, llegan de un pasado del que nos separa una distancia temporal en algunos casos insalvable, lo que condiciona y dificulta su recepción. En el relato de Ayala, además, cobra una gran importancia la calidad de testimonio del cronista que tienen las crónicas, en parte por la implicación del autor en lo que relata, en parte como consecuencia de la coincidencia temporal de la materia del escrito con su narración. Siendo así, en las crónicas no sólo se narra lo que ocurrió sino que dicha narración emana del presente en el que ocurrió, de manera que tanto el lenguaje como la mentalidad de los textos son propios del momento que registran. Todo lo hasta aquí dicho sirve de muestra del modo en que el tiempo invade en diferentes niveles las crónicas de Ayala. Vamos ahora a delimitar un espacio más concreto en el que estudiar sus funciones.

Un estudio del tiempo en la obra cronística del Canciller Ayala puede atender a las digresiones cronológicas que aparecen en los escritos¹⁴, centrarse en los distintos modos que utiliza el cronista para

¹⁴ Apenas comienzan las crónicas, en el Año II (1351), correspondiente al reinado de don Pedro, cuando establece las diferencias entre las eras cristiana, judía y musulmana, y en 1384, durante el reinado de Juan I, cuando se abandona la era hispánica.

dos, ordenados por fechas y colocados al lado de los años y capítulos con que se corresponden. Sin embargo, apenas comienza a construir este esquema el investigador se encuentra frente a un nuevo reto: el de distinguir la temática en sí del modo en que se narra y del discurso en el que está inscrita.

3. Los tiempos del texto y los tiempos en el texto

Al leer una crónica ayalina damos vida a un personaje que no es el autor ni ninguno de los actores de la trama, sino un orador anónimo que lee en voz alta un escrito¹⁹. El cronista concibió de ese modo el texto: pensada para ser leída en público, la obra contiene de algún modo esa lectura y nos transporta a ella como asistentes. Lo que el orador lee es, por tanto, un discurso previamente preparado, redactado y escrito; la materia del discurso es la relación de sucesos que tuvieron lugar en Castilla entre los años 1350 y 1395. El momento en que lee es el *tiempo del enunciado*. El discurso contiene una serie de elementos que le son propios y que no forman parte de la narración de los hechos: comentarios, recordatorios, opiniones, avances, retrocesos,...²⁰. Todo está escrito, digamos, en el papel que el orador sostiene, incluidos el discurso en sí y la historia que contiene el discurso. Dicha historia, de la que el discurso habla, es la narración de los hechos. Para construirla, el autor se basó en una serie de acontecimientos, los seleccionó, los ordenó y los estructuró en forma de relato. Pero, como siempre ocurre, la mera acción de narrar algo lo transforma porque la realidad no tiene la forma de narración: nosotros se la damos. Visto de este modo, la base de la

¹⁹ Expresiones como “segund dicho auemos”, “segund diximos”, “segund ya auemos contado”, indican una transmisión oral.

²⁰ Reiteraciones, indicaciones y anticipaciones (“segund auemos contado”, “segund que dicho auemos”, “agora tomaremos a contar”,...) utilizadas para mantener la atención del auditorio, refrescarle la memoria, construir un hilo narrativo fácil de seguir en lecturas interrumpidas. Sobre ello, y en relación también con el tema de la oralidad, véanse Michel García, «La Voice de l’oralité dans la réception de l’écrit en Castille au XIV^e siècle: le cas des chroniques d’Ayala», *Atalaya*, 2 (1991), pp. 121-134, Paul Zumthor, *La letra y la voz. De la “literatura” medieval*, Madrid, Ed. Cátedra, 1989 y Gloria Beatriz Chicote, «Oralidad y escritura en la literatura medieval: una ecuación sin resolver», *Incipit*, 25 (1995), p. 195.

que parte la obra cronística de Ayala —el período 1350-1395— no es exactamente registrada, sino convertida en una narrativa que desarrolla con mayor extensión unos sucesos que otros, se detiene en escenas, transmite noticias, ignora detalles, regresa atrás para explicar las causas de un acontecimiento o anuncia un desenlace. Cuando el investigador pretende aislar los hechos para singularizar el carácter más documental de una crónica tiene que individualizar temática, narrativa y discurso, que son tres niveles entrelazados.

Si abrimos una crónica franqueamos una puerta que nos introduce en una escena en la que participan un orador y su auditorio. Estos personajes pertenecen a un tiempo abstracto que Ayala creó: el tiempo del enunciado o tiempo en el que se lee el discurso. Si interrumpimos nuestra lectura lo detenemos; pero nuestro tiempo, aquel en el que vivimos nosotros y en el que trabajamos, no se detiene. La lectura que Ayala concibió, el enunciado del discurso, forma parte del texto y está asociada a un tiempo lineal que quedó fijado en el escrito. Decimos que ese tiempo del enunciado es abstracto porque no se corresponde con ningún momento real; pero en cierto modo fue programado para que se correspondiese, porque Ayala pensaba en un lector que le era cercano. Por ello es muy importante, al analizar el texto, que seamos conscientes de que como lectores no pasamos a ser ni el lector que lee en voz alta ni parte del público que escucha la lectura, pues ese público era aquel para el que escribía Ayala, es decir, un público del siglo XV. Estos dos hechos —el que el tiempo del enunciado se encuentre fijado al escrito y el que dicho escrito se haya concebido para un lector del siglo XV— separan radicalmente nuestro tiempo del tiempo del discurso. El citado tiempo del discurso tampoco coincide con el tiempo de la narración que contiene, y dicha narración no se corresponde con el esquema lineal que toma como base. Tenemos así tres tiempos diferentes a los que llamaremos *intratextuales*: el del enunciado, el narrativo y el de la trama o historia base. Y, paralelamente, tres tiempos *extratextuales*, que son el tiempo de la recepción o momento en que se leen las crónicas, el

tiempo en que fueron redactadas y el tiempo que la historia toma como referencia o tiempo real del que hablan²¹.

4. Los tiempos extratextuales

Los tiempos extratextuales aparecen constantemente a lo largo de la lectura de las crónicas y además están conectados con los intratextuales. El primero de ellos, el *tiempo real* del que hablan las crónicas, constituye la propia materia del escrito y simultáneamente actúa como tiempo de referencia para la historia. Es, además, el motivo por el que el texto es un escrito historiográfico, una crónica y una fuente documental. El *tiempo de redacción*, por su parte, resulta determinante a la hora de estudiar los escritos porque influye considerablemente en la naturaleza de su discurso: cuando se observan los textos como los instrumentos de propaganda, legitimación o difusión de una serie de ideas políticas que son, se constata lo importante que es saber en qué momento fueron redactados y en qué contexto vieron la luz²². El *tiempo de recepción*, por último, es el hoy en el que leemos, pero también fue el ayer en el que leímos y la sucesión de pretéritos en los que leyeron otros, dando lugar a distintas lecturas e interpretaciones. De este modo, un lector del siglo XV estaba mucho más cerca de cualquiera de las crónicas (de su lenguaje, de su mundo, de su contexto), y por ello más capacitado para comprender sus contenidos, que nosotros.

²¹ Aunque tomemos esta clasificación de teorías narratológicas en origen concebidas para el análisis de obras contemporáneas de ficción, como podrá verse, funciona bien cuando se adapta a las crónicas ayalinas. La clasificación a la que nos referimos, y que hemos aplicado para nuestro estudio, es la establecida por Milagros Ezquerro y citada por Alfonso Martín Jiménez, *Tiempo e imaginación en el texto narrativo*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones-Universidad de Valladolid, 1993, p. 44.

²² Las crónicas oficiales de la baja Edad Media eran textos concebidos simultáneamente como historiográficos, políticos y didácticos. La intencionalidad política ligada a su redacción (el ensalzamiento de la figura de un rey, la consolidación de una versión oficial de la Historia, la creación de una identidad, la legitimación de una irregularidad,...) cobra especial importancia en el caso de las crónicas de Ayala por ser tarea del cronista narrar el cambio dinástico.

El tiempo real de las crónicas de Ayala se corresponde con el período 1350-1395, pues es el que se registra. Esas décadas coinciden con la vida adulta de Ayala (1332-1407) quien, como ya se ha dicho, fue testigo, partícipe y muchas veces protagonista de los hechos que relató. Sin embargo, el cronista redujo conscientemente sus apariciones en los escritos, se alejó de su propio personaje, no reconociéndose en él, y se identificó, como autor y como testigo, tan sólo en el prólogo²³. Con ello probablemente Ayala buscaba subrayar el valor de sus textos como crónicas restándoles la naturaleza de testimonios. Pero, aunque el Canciller tratase de evitarlo o de ocultarlo, las crónicas son escritos subjetivos; es decir, creados por un sujeto pretérito que, aun pretendiendo ser objetivo, ofrecía su visión: independientemente de las implicaciones políticas del autor y de los escritos, la propia objetividad de la que Ayala hace gala en su prólogo, y a la que llama “verdad”, es *su* objetividad, pues parte de *su* perspectiva como sujeto y de *su* percepción de los hechos.

La presencia de Ayala en el tiempo real que relató se relaciona, por otro lado, con el tiempo de redacción de las obras. Ese tiempo de redacción, período extremadamente difícil de precisar, además de condicionar el discurso y, en buena medida, la narración y los contenidos, puede aproximarse tanto al tiempo real relatado que acaba por solaparse a él: en primer lugar, porque el cronista quizá comenzó a escribir cuando aún no habían ocurrido algunos de los hechos que después relataría; en segundo lugar porque, a medida que avanzaba en el proceso de escritura, Ayala iba aproximándose al presente en el que escribía²⁴. Dicho

²³ El nombre del cronista aparece menos veces en la versión *Vulgar*, considerada posterior, que en la *Primitiva*, lo que lleva a pensar que lo eliminó conscientemente.

²⁴ Álvaro García de Santa María indica que Enrique II “siguiendo los fechos de las dichas Corónicas, mandó fazer e ordenar, e poner en escrito, e allegar con las dichas Corónicas, todos los fechos que después pasaron e acaecieron, fasta en su tiempo. La cual Corónica fue después fecha e ordenada por el historiador a quien por el dicho señor don Enrique fue encomendado, así en lo pasado como en lo que después se siguió, en los reinos e señoríos de los muy altos e muy nobles e muy poderosos reyes e señores don Juan, fijo del rey don Enrique el Mayor, e don Enrique el Justiciero, fijo del dicho rey don Juan”. De esta afirmación se deduce que Ayala recibió de Enrique II el encargo de componer las crónicas entre 1369 y 1379, momento en el que comenzaría a escribir y probablemente completaría una primera versión de los reinados de Pedro I y Enrique II, que luego revisaría y redactaría de nuevo, conti-

presente debió aparecer en la mente del Canciller como posible y probable momento de recepción del texto; pero quizá no de un modo tan determinante como suele pensarse. El que la reina consorte en época de Enrique III fuese nieta de Pedro I, por ejemplo, se señala como factor que obligaría a Ayala a ser menos duro con la figura del rey asesinado de lo que lo hubiese sido en época de Enrique II²⁵. Pero estas suposiciones, mientras carezcan de datos que las respalden, tan solo contribuyen a crear más confusión en torno al relato ayalino; pues el único modo de deducir, o de tratar de deducir, lo que Ayala tenía en mente pasa por conocer cuál fue o pudo ser la recepción inmediata de las crónicas, si es que la hubo, y por reconstruir el contexto que acompañó a su redacción, esto es, el clima ideológico en la corte castellana en cada momento del período 1369-1406.

5. Los tiempos intratextuales

Establecidas las características y las problemáticas ligadas a los tiempos extratextuales, pasaremos a ver ahora los intratextuales; que son, como ya se dijo, el de la historia, el del enunciado y el narrativo. El tiempo de la historia o tiempo real que las crónicas relatan es la materia del escrito, la referencia de la narración, el esquema cronológico básico que el autor utiliza como patrón y el principal contenido para un historiador. Puede considerarse, por tanto, la base del relato y al mismo tiempo la esencia a la que todo investigador que pretenda utilizar la crónica como fuente aspira llegar. Para hacerlo es necesario pasar los filtros de la narración y del discurso; esto es, distinguir los tiempos del enunciado y narrativo. El *tiempo del enunciado* es aquel en el que habla el orador; quien, como ya se ha señalado, no ha de identificarse ni con el autor ni con el narrador. Este orador a veces se dirige a un auditorio utilizando formas verbales en segunda persona del plural, a veces se refiere a la historia en tercera persona del singular, y

nuando con Juan I y Enrique III. Ello complica extraordinariamente la fijación de un momento de redacción, pues las crónicas se fechan —por diferentes referencias que aparecen en los textos— en el reinado de Enrique III.

²⁵ La versión *Primitiva* suele considerarse anterior a la *Vulgar* y, sin embargo, el cronista es más benévolo con la figura de don Pedro en la primera que en la segunda.

otras veces habla en primera persona del plural. Generalmente es fácil separar en el texto al orador y el auditorio, que viven en ese tiempo del enunciado, de la historia que el uno lee y los otros escuchan, de la que es propia otro tiempo, el *tiempo narrativo*. Veámoslo deteniéndonos a analizar un fragmento de una crónica. Elegiremos la primera, y en concreto el breve capítulo v del Año XVII (1366). Señalaremos en negrita las frases que no pertenecen a la narración en sí sino al discurso en que está inscrita:

Despues que el rrey don Pedro partio de la çibdat de Burgos, **segund que auemos contado**, llego a la çibdat de Toledo e es-tudo ý algunos dias hordenando los que allí auian de quedar por quanto el yua para Seuilla.

E dexo en Toledo por capitan mayor e guarda de la çibdat a don Garçi Aluarez de Toledo maestre de Santiago e con el a Ferrand Aluarez, su hermano, e a Ruy Diaz de Rojas e a Rodrigo Rodri-guez de Torquemada e otros caualleros fijos dalgo, assi de Casti-lla commo de la çibdat de Toledo, que eran por todos seysçientos de caballo. E dende fue el rrey para Seuilla, **e tornaremos a con-tar commo fizieron los de la çibdat de Burgos despues que el rrey don Pedro dende partio.**

Si suprimimos aquello que está en negrita nos queda una narración en modo apersonal con los tiempos verbales en pasado: la historia que el orador está leyendo, a la que pertenecen el tiempo y el espacio narra-tivos. Los contenidos de este fragmento, en el que se siguen los movi-mientos del rey don Pedro en un determinado momento de su reinado, se resumen en que el monarca va de Burgos a Toledo, se detiene allí unos días para dejar a ciertos hombres a cargo de la defensa de la ciu-dad y parte para Sevilla. Los desplazamientos de don Pedro, por tanto, representan el hilo argumental del relato. Tomando a la corte real como protagonista, y siendo ésta itinerante, lo que Ayala hace es seguir sus movimientos para así contarnos su historia. Por ello en las crónicas ayalinas el tiempo narrativo suele funcionar articulado con el espacio; es decir, de tal manera que son los cambios en las coordenadas espa-

ciales los que hacen avanzar la historia²⁶. El ritmo viene dado por el propio ritmo del rey —que en el caso de la crónica de don Pedro se individualiza con respecto a la corte en un momento dado— y apenas se ralentiza levemente para detallar quiénes decidió que se quedasen en Toledo cuando “estudo y algunos días”. La labor del cronista consistió en recordar o consultar en qué lugares estuvo el monarca y qué hizo, y después pasar esos datos a la forma narrativa.

Cuando pretendemos llegar a la esencia de los contenidos debemos invertir el proceso de narrativización del escrito de manera que sea posible salvar los obstáculos que antes se señalaron (la subjetividad del cronista, la complejidad de su discurso, las dificultades asociadas a su consulta,...) para así poder utilizar las crónicas como fuentes. Para hacerlo partiremos de la idea de que, aun aceptando que los datos que Ayala recopiló y registró sean verídicos, la narración en cierto modo los manipula. Dicho con otras palabras, no se trata aquí de cuestionar la veracidad del cronista sino de llegar a la historia que yace tras su narrativa; una historia a la que sólo puede llegarse deshaciendo esa narrativa. La correspondencia de la narrativa con los contenidos puede estudiarse prestando atención a dos de los tiempos intratextuales: el narrativo y el de la historia. El tiempo de la historia sigue una ordenación lineal que toma como base una cronología preestablecida, que se identifica con la sucesión de los días en los calendarios de los años 1350-1395. Ningún relato puede coincidir con el tiempo real, y por ello todos se asocian a un tiempo narrativo. Las relaciones entre ambos giran en torno a tres ejes: orden, duración y frecuencia.

6. El tiempo de la historia y el tiempo narrativo

Las discordancias entre el orden de sucesión de la historia y el de la narración se conocen como *anacronías*. La principal anacronía que afecta a las crónicas es muy fácil de detectar: la linealidad del discurso obliga a que hechos simultáneos se coloquen en un orden sucesivo. Los otros momentos en los que el orden de la historia se aleja de la seriación

²⁶ Tiempo y espacio narrativos articulan los escritos ayalinos formando lo que Mijail Bajtín llamó *cronotopos*.

original pueden denominarse *analepsis* o retrospectiva, cuando en la narración se inserta un relato o suceso anterior en el tiempo, o bien *prolepsis* o anticipación, cuando se habla de algo que aún no ha sucedido. Junto estas discordancias se encuentra el tema de la *duración*. Como se ha señalado, es prácticamente imposible que se dé una *isocronía* entre el tiempo de la historia y el del relato: tan sólo un diálogo sin intervenciones del narrador puede llegar a asemejarse en duración al tiempo real, aunque nunca lo hará por completo. Las *anisicronías* son, por tanto, constantes y forzosas; y se considera que se presentan en cuatro formas: *elipsis*, pausas descriptivas, sumarios y escenas. Las *elipsis* se corresponden con fragmentos de la historia que directamente se han suprimido en el relato, con o sin indicación. Las *pausas descriptivas* alargan la enunciación produciendo una anisicronía por ralentizar el ritmo. Los *sumarios* o resúmenes tienen el efecto contrario. Las *escenas*, por su parte, tratan de mostrar al lector la realidad tal y como se produjo, dilatando el tiempo narrativo para aproximar la duración del discurso al lapso real. En lo que respecta a la *frecuencia*, se utiliza para estudiar las veces en que un suceso se relata o menciona: cuando algo que ha ocurrido una vez se cuenta varias veces, cuando algo que se repite en la historia se cuenta sólo una vez en el relato,... Con estas variaciones también se producen anisicronías entre el tiempo real y el narrativo.

Regresemos al fragmento que habíamos escogido y veamos cómo distinguir los dos tiempos en el análisis de las crónicas puede servir para aislar sus contenidos. El capítulo citado se sitúa en un momento complejo dentro del reinado de Pedro I, pues es cuando la crónica nos cuenta en qué circunstancias el monarca salió del reino²⁷. El Año XVII comienza situándonos junto al rey en Sevilla mientras recibe la noticia de que las Compañías Libres pactan con Enrique de Trastámara y el rey de Aragón para apoyar al primero y entrar por la fuerza en Castilla. Don Pedro decide ir a Burgos y, una vez allí —ya en el capítulo II—, le informan de que el conde de Trastámara avanza y ha tomado Calahorra. Esta noticia sirve al cronista para pasar de un escenario a otro; y así, mediante la técnica del *entrelazamiento*, Ayala deja a don Pedro y pasa a hablar de Enrique de Trastámara, en quien se centra el capítulo III. En

²⁷ Se trata de los capítulos I a IX del Año XVII, con lo que el citado v se situaría en el ecuador de esta secuencia.

el capítulo IV, en el que se concentra la información más relevante, el relato regresa a don Pedro:

El rrey don Pedro estando en Burgos sopo commo el conde don Enrrique e los capitanes que con el venian llegaron a Calahorra e la cobraran, e commo el conde don Enrrique se llamaua rrey de Castilla e de Leon (...) e ouo grand rreçelo de todo esto.

E vn dia sabado biespera de Ramos, en la mañana sin dezir ninguna cosa a los señores e caualleros que con el estauan, caualgo para se partir e desenparar la çibdat de Burgos. E los de la çibdat quando lo supieron, venieron a el a su palaçio los mayores e mejores de la çibdat e dixeronle e rrequirieronle e pidieronle por merced que los non quisiesse assi dexar e desenparar (...). E el rrey estaua a la puerta del palaçio do posaua e queria ya caualgar para se partir de ally, e rrespondioles que el les agradeçia mucho todas las buenas rrazones que le dizian (...) pero el non podia escusar de partir de alli, ca el sabia por nueuas çiertas, que el conde don Enrrique e las compañías que con el venian querian tomar el camino de Seuilla, do el tenia sus fijos e sus tesoros, e que por esta rrazon partia de alli para poner rrecabdo en ello.

Destacamos en negrita el fragmento en el que la narración sigue el orden de la historia para distinguirlo del momento en que, mediante una analepsis, va atrás para narrar lo que ocurrió antes de que don Pedro cabalgase²⁸. A continuación la crónica introduce, en forma de escena, la discusión del rey con los principales de Burgos, subrayada por la utilización del estilo directo, y luego otras dos analepsis:

E luego antes que el rrey dende partiesse, lleço a el vn rrecabador mayor del dicho obispado de Burgos, que dizian Ruy Perez de Mena, e tenia el castillo de la dicha çibdat de Burgos por quanto solia tener en el dicho castillo los marauedis que cobraba de las rrentas del rei e rrequirio al rrey que le mandaua fazer del dicho castillo pues el se partia de la çibdat de Burgos, ca el non lo podia defender. E el rrey dixo que lo defendiesse. E el Ruy Perez le dixo: “Señor, non he yo poder para lo defender pues vos de-

²⁸ Entendiendo en todo momento cabalgar como montar.

jades la vuestra çibdat de Burgos”. E el rrey non le respondio. E esse dia que el rrey partio de Burgos en la mañana, fiziera matar en el castillo de la dicha çibdat a Iohan Ferrandez de Touar (...).

La reconstrucción del orden de la historia sería, probablemente, la siguiente: don Pedro recibe la noticia de que don Enrique ha tomado Calahorra y cree que va a dirigirse a Sevilla, por lo que decide abandonar Burgos y así adelantarse a su enemigo. Tras ello, da la orden de ejecutar a Juan Fernández de Tovar, se entrevista con el teniente del castillo y discute con los representantes de la ciudad de Burgos. Desconocemos en qué orden tienen lugar estas tres acciones, pero sabemos que sólo después de que ocurran don Pedro sube al caballo y abandona la ciudad. En la narración, sin embargo, se invierte el orden de los hechos, de tal modo que parece que nadie sabía de la partida del rey, que ésta fue apresurada y que se trataba de una huida. El motivo de la marcha —“el non podia escusar de partir de alli, ca el sabia por nuevas çiertas, que el conde don Enrrique e las compañías que con el venian querian tomar el camino de Seuilla, do el tenia sus fijos e sus tesoros, e que por esta rrazon partia de alli para poner rrecabdo en ello” — se presenta ante el lector como una excusa por el lugar en el que se ubica dentro de la narración, y porque en el capítulo anterior Ayala había indicado que don Enrique “tomo su camino derecho para Burgos”, circunstancia que don Pedro podía no conocer.

7. Las estrategias narrativas de Ayala

Junto a las anacronías y a las anisicronías de duración, el cronista introduce anisicronías de frecuencia. El suceso esencial del capítulo, la partida de don Pedro, se refiere más de una vez a lo largo del capítulo:

E partio el rrey don Pedro de la çibdat de Burgos sabado biespera de Ramos que fue veynte e ocho dias de março deste dicho año e fue comer a Lerma, que es a siete leguas de Burgos, e fue dormir a Gomiell, otras çinco leguas, asi que andudo aquel dia doze leguas. E de los escuderos e caualleros de Castilla fueron muy pocos con el, ca todos los mas ficaron en la çibdat de Burgos, ca non le querian bien, antes les plogo de

todo esto, ca auia algunos dellos a quien matara los parientes e estauan sienpre a muy grand miedo.

Vamos a tratar de reordenar la narración señalando de nuevo en *negrita* los fragmentos que siguen el orden de la historia y marcando en *cursiva* los que corresponden a la reacción de los nobles de la corte:

El rey don Pedro estando en Burgos sopo commo el conde don Enrrique e los capitanes que con el venian llegaron a Calahorra e la cobraran, e commo el conde don Enrrique se llamaua rrey de Castilla e de Leon (...) e ouo grand rreçelo de todo esto.

E vn dia sabado biespera de Ramos, en la mañana sin dezir ninguna cosa a los señores e caualleros que con el estauan, caualgo para se partir e desenparar la çibdat de Burgos. E los de la çibdat quando lo supieron, venieron a el a su palaçio los mayores e mejores de la çibdat e dixeronle e rrequirieronle e pidieronle por merced que los non quisesse assi dexar e desenparar (...). E el rrey estaua a la puerta del palaçio do posaua e queria ya caualgar para se partir de ally, e rrespondioles que el les agradeçia mucho todas las buenas rrazones que le dizian (...) pero el non podia escusar de partir de alli, ca el sabia por nueuas çiertas, que el conde don Enrrique e las compañías que con el venian querian tomar el camino de Seuilla, do el tenia sus fijos e sus tesoros, e que por esta rrazon partia de alli para poner rrecabdo en ello.

(...) E luego antes que el rrey dende partiesse, lleo a el vn rrecabrador mayor del dicho obispado de Burgos, que dizian Ruy Perez de Mena, e tenia el castillo de la dicha çibdat de Burgos por quanto solia tener en el dicho castillo los marauedis que cobraba de las rrentas del rrei e rrequirio al rrey que le mandaua fazer del dicho castillo pues el se partia de la çibdat de Burgos, ca el non lo podia defender. E el rrey dixo que lo defendiesse. E el Ruy Perez le dixo: “Señor, non he yo poder para lo defender pues vos dejades la vuestra çibdat de Burgos”. E el rrey non le respondio. E esse dia que el rrey partio de Burgos en la mañana, fiziera matar en el castillo de la dicha çibdat a Iohan Ferrandez de Touar (...).

E partio el rrey don Pedro de la çibdat de Burgos sabado biespera de Ramos que fue veynte e ocho dias de março des-

te dicho año e fue comer a Lerma, que es a siete leguas de Burgos, e fue dormir a Gomiél, otras çinco leguas, así que andado aquel día doze leguas. E de los escuderos e caualleros de Castilla fueron muy pocos con él, ca todos los mas ficaron en la çibdat de Burgos, ca non le querian bien, antes les plogo de todo esto, ca auia algunos dellos a quien matara los parientes e estauan sienpre a muy grand miedo.

Recortando los fragmentos y reordenando los párrafos según el orden de la historia resulta una sucesión de escenas para la mañana del sábado 28 de marzo de 1366 que sería más o menos la siguiente:

El rrey don Pedro estando en Burgos sopo commo el conde don Enrrique e los capitanes que con él venian llegaron a Calahorra e la cobraran, e commo el conde don Enrrique se llamaua rrey de Castilla e de Leon (...) e ouo grand rreçelo de todo esto.

Venieron a él a su palacio los mayores e mejores de la çibdat e dixerónle e rrequirieronle e pidieronle por merced que los non quisiesse assi dexar e desenparar (...). E el rrey estaua a la puerta del palacio do posaua e queria ya caualgar para se partir de ally, e rrespondioles que él les agradescia mucho todas las buenas razones que le dizian (...) pero él non podia escusar de partir de allí, ca él sabia por nueuas çiertas, que el conde don Enrrique e las compañías que con él venian querian tomar el camino de Seuilla, do él tenia sus fijos e sus tesoros, e que por esta rrazon partia de allí para poner rrecabdo en ello.

Llego a él vn rrecabrador mayor del dicho obispado de Burgos, que dizian Ruy Perez de Mena, e tenia el castillo de la dicha çibdat de Burgos por quanto solia tener en el dicho castillo los marauedis que cobraba de las rrentas del rrei e rrequirio al rrey que le mandaua fazer del dicho castillo pues él se partia de la çibdat de Burgos, ca él non lo podia defender. E el rrey dixo que lo defendiesse. E el Ruy Perez le dixo: “Señor, non he yo poder para lo defender pues vos dejades la vuestra çibdat de Burgos”. E el rrey non le rrespondio.

Fiziera matar en el castillo de la dicha çibdat a Iohan Ferrandez de Touar.

Los escuderos e caualleros de Castilla fueron muy pocos con él, ca todos los mas fincaron en la çibdat de Burgos, ca non le que-

rian bien, antes les plogo de todo esto, ca auia algunos dellos a quien matara los parientes e estauan sienpre a muy grand miedo. E partio el rrey don Pedro de la çibdat de Burgos sabado biespera de Ramos que fue veynte e ocho dias de março deste dicho año e fue comer a Lerma, que es a siete leguas de Burgos, e fue dormir a Gomiell, otras çinco leguas, asi que andudo aquel dia doze leguas.

Pierde así sentido la idea de que nadie sabía de la partida de don Pedro, pues tanto los hombres de Burgos como los nobles de la corte y el tenente del castillo estaban enterados. Mediante una manipulación del tiempo de la historia a través del tiempo narrativo Ayala modificó el sentido de la narración haciéndonos pensar que el monarca abandonó la ciudad prácticamente en secreto. Reconstruyendo la narrativa recuperamos el orden original de los sucesos y deducimos que Pedro I salió de Burgos apresuradamente, sin contar con el apoyo de muchos de los nobles de su corte, convencido de que debía acudir a Sevilla para adelantarse a la llegada de Enrique de Trastámara. El sentido de esta partida es, como puede verse, muy diferente del que resulta de una lectura lineal. La aplicación de este método de análisis puede servir así para llegar a perfilar la historia que subyace tras la narrativa; esto es, la sucesión cronológica de datos que sirve de base al discurso ayalino.

Valdaliso Casanova, Covadonga, “El tiempo como herramienta para el análisis de las crónicas de Pero López de Ayala”, en *Revista de poética medieval*, 22 (2009), pp. 199-220.

RESUMEN: Partiendo de la idea de contemplar la obra cronística de Pedro López de Ayala como un todo coherente, aunque inacabado y sólo parcialmente conservado, este artículo propone un método de análisis y estudio de los textos basado en la clasificación de las funciones que el tiempo desempeña dentro de los escritos, prestando especial atención al período de redacción de las crónicas, a la naturaleza de su discurso y a la importancia del tiempo narrativo a la hora de aislar los contenidos del relato.

ABSTRACT: Departing from the idea of contemplating Pedro Lopez de Ayala's Chronicles as the quite coherent one, though unfinished and only par-

tially preserved, this article proposes a method of analysis and study of the texts based on the classification of the functions that the time plays inside the writings, giving special attention to the period of draft of the chronicles, to the nature of the speech and to the importance of the narrative time for isolating the contents of the statement.

PALABRAS CLAVE: Historiografía castellana bajomedieval. Crónicas de Pedro López de Ayala. Tiempo. Narrativa.

KEYWORDS: Late Medieval Castilian Historiography. Pedro Lopez de Ayala's Chronicles. Time. Narrative.